

J. G. FARRELL

DISTURBIOS

PRÓLOGO DE
JOHN BANVILLE

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE J. M. ÁLVAREZ FLÓREZ

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Troubles*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1970 by J. G. Farrell
© del prólogo, 2002 by John Banville
Con el permiso de New York Review Books
© de la traducción, 2011 by José Manuel Álvarez Flórez
© de la ilustración de cubierta, by Lucy Davey / The Artworks
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-15277-07-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 13 102-2011

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

En aquellos tiempos el Majestic aún se alzaba en Kilmalough, justo al final de una estrecha península cubierta de pinos muertos que se inclinaban aquí y allá en ángulos extraños. Probablemente hubiese allí también yates durante el verano, porque por entonces el hotel celebraba siempre una regata en el mes de julio. Esos yates habrían estado varados en una u otra de las medialunas de arena que se curvaban hacia el hotel a cada lado de la península. Pero tanto los pinos como los yates han desaparecido ya y es muy posible que la marea alta llegue a cubrir un día la parte más estrecha de la península, que la erosión ha estrechado aún más. En cuanto a la regata, se suprimió por alguna razón hace mucho, antes de que los Spencer se hicieran cargo de la administración del hotel. Y pocos años después de eso el propio Majestic siguió a los yates y precedió a los pinos en el olvido, ardiendo hasta los cimientos..., pero para entonces, claro está, se encontraba en tal estado de abandono que ya casi no importaba.

Curiosamente, a pesar de los efectos corrosivos del aire del mar, aún pueden verse los restos carbonizados del enorme edificio principal; por alguna razón (la pobre calidad del suelo o la proximidad del mar), la vegetación sólo ha hecho un intento simbólico de tomar posesión de ellos. Aún se podrían encontrar aquí y allá, entre los cimientos, rastros del antiguo esplendor del Majestic: el gran número de bañeras de hierro colado, por ejemplo, que se habían desplegado de una planta en llamas a otra hasta llegar al suelo; armazones de camas retorcidos también, algunos de ellos aún no roídos del todo por el óxido, y una cantidad sen-

cillamente prodigiosa de palanganas e inodoros. A intervalos, incrustados a lo largo de las paredes exteriores, hay testimonios del tremendo calor del fuego: unos charquitos de cristal dispuestos en capas, como las gotas de cera de una vela, que se acumularon allí, claro está, al fundirse las ventanas. Si los coges se te deshacen en las gotas nebulosas que los formaron.

Otra cosa curiosa: encuentra uno esparcidos por allí gran número de pequeños esqueletos blancos. Los huesos son muy delicados y da la impresión de que deben de haber pertenecido a pequeños cuadrúpedos... («Pero no, no son conejos», dice mi abuelo con una sonrisa).

Había sido en tiempos un lugar de moda. Y durante un período hasta se consideró todo un honor que te aceptaran como huésped durante la temporada de verano. En la época en que Edward Spencer lo compró a su regreso de la India conservaba ya, sin embargo, poco o nada de su antigua gloria, a pesar de que retenía a algunos de sus fieles clientes de la variedad año tras año, damas solteras en su mayoría. La única explicación de su persistencia como clientes (teniendo en cuenta que bajo la administración de Edward el hotel se deterioró rápida y decididamente) es que, cuando fue perdiendo su esplendor, las damas solteras fueron haciéndose también cada vez más pobres. De todos modos, podían seguir diciendo: «Oh, ¿el Majestic de Kilnalough? Llevo yendo allí todos los años desde 1880...» y el hombre que le vendió el hotel a Edward pudo afirmar que tenía, al menos, un puñado de fieles clientes que seguían acudiendo sin falta todos los años. Esos fieles clientes acabarían convirtiéndose en una pesada carga para Edward (y más tarde para el comandante), era peor que no tener ninguno, a causa de sus hábitos adquiridos desde hacía veinte años o más; las habitaciones en las que habían estado durante veinte años se hallaban dispersas por aquel inmenso edifi-

cio y, aunque todas sus alas y esquinas pudiesen estar muertas y pudriéndose, aún había una célula palpitante de vida de la que cuidarse en una planta u otra. Pero poco a poco, con el paso de los años y el descenso de la presión sanguínea, una a una se fueron muriendo.

De la *London Gazette*, Lista General:

El a continuación mencionado, comandante de Complemento B. de S. Archer, abandona su cargo tras completar el servicio conservando el grado de comandante.

En el verano de 1919, poco antes de que el gran Desfile de la Victoria subiese por Whitehall, el comandante dejó el hospital y se fue a Irlanda a buscar a su novia Angela Spencer. Al menos él pensaba que lo de ir a por ella como novia suya podría figurar en el asunto. Pero nada concreto se había acordado.

Había conocido a Angela en Brighton cuando estaba en Inglaterra de permiso en 1916. Ella estaba allí pasando una temporada con unos parientes. Sólo conservaba ya un recuerdo impreciso de aquel período, aturdido como estaba por el estruendo titánico e incesante de la artillería, que lo acolchaba densamente, antes y después. Había habido algo histérico en su relación. Es posible que en medio de todo el patriotismo del momento, Angela pensase que también ella debía tener algo personal que perder, y el comandante que debía tener una razón al menos para sobrevivir. Recordaba haber dicho que volvería a buscarla, pero no recordaba mucho más. En realidad, lo único que recordaba también con claridad era haberle dicho adiós en un *thé dansant* vespertino de un hotel de Brighton. Se habían besado detrás de una pantalla de follaje y, buscando dónde apoyarse, había posado la mano con fuerza sobre un cactus, lo que había convertido en falsas muchas de sus palabras de despe-

dida. La tensión había sido tan grande que se había alegrado de separarse de ella. Pero tal vez ese calvario reprimido hubiese dado una impresión errónea de sus sentimientos.

Aunque estaba seguro de que nunca le había propuesto, en realidad, casarse en los pocos días que había durado su relación, era indudable que estaban comprometidos: un convencimiento alimentado por el hecho de que ella había firmado todas sus cartas como «Tu prometida, que te quiere, Angela». Esto le sorprendió al principio pero, con el olor de la muerte acumulándose en el refugio subterráneo en el que garrapateaba sus respuestas a la luz de una vela, habría sido de una frivolidad y una descortesía incalificables hilar tan fino sobre tales distinciones puramente sociales.

A Angela no se le daba bien escribir cartas. Habría sido imposible encontrar en las suyas un rastro del sentimiento que había habido entre ellos en aquel período de 1916 en que él había estado de permiso en Inglaterra. Tenía ciertas expresiones rituales como «Te añoro cada día más...» y «Rezo porque regreses sano y salvo, Brendan», que usaba en todas las cartas, acompañadas de descripciones absolutamente prácticas y realistas de cuestiones domésticas: la compra de faldas para las gemelas en Switzers de Dublín, por ejemplo, o la instalación de un generador «Haz Más» para la luz eléctrica, el primero de su clase en Irlanda y destinado (estaban seguros) a restaurar la fama de lujoso del Majestic. Este método enmascaraba eficazmente cualquier comentario personal, cualquier emoción. Al comandante no le importaba demasiado. El sentimiento le inspiraba recelo y siempre le habían gustado más los hechos... de los que se hallaba escasamente provista, últimamente, su maltrecha y atolondrada memoria (había estado recuperándose en el hospital de su episodio de neurosis de guerra). Así que, en términos generales, Brendan estaba contento de po-

der enterarse de la talla y el color de las nuevas faldas de las gemelas y del nombre, la raza, la edad y el estado de salud de los muchos perros de Edward Spencer. Llegó a saber también mucho sobre las amistades y conocidos de Angela en Kilnalongh, aunque a veces, por supuesto, su deficiente memoria hacía que bloques enteros de datos se hundiesen durante un tiempo, sólo para reaparecer más tarde en un lugar distinto, de forma muy parecida a lo que dicen que hacen ciertas islas volcánicas de los mares del Sur.

Después de haber recibido una carta por semana durante una serie de meses, el comandante adquirió una notable habilidad para leerlas e ir acumulando los nuevos datos, y hasta para atisbar a veces, tras ellos, las profundidades más escondidas donde se agitaba como un lucio, de vez en cuando, la sombra de una emoción. Había de nuevo, por ejemplo, una lista de los perros de Edward: *Robert, Toby, Fritz, Haig, Woof, Puppy, Bran, Flash, Laddie, Foch* y *Collie*. Pero ¿dónde estaría *Spot*, se preguntaba? ¿Dónde estás, *Spot*? ¿Por qué no has contestado cuando pasaban lista? Y luego recordaría, divertido y preocupado, que en una carta anterior se había llamado al veterinario porque *Spot* había tenido «un poco de moquillo», pero se había dictaminado que no era «nada serio». De este modo, hilo a hilo, el comandante fue tejiendo un pintoresco tapiz de la vida de Angela en el Majestic. Pronto conoció tan bien el lugar que cuando fue allí a primeros de julio casi tuvo la sensación de volver a casa. Y fue una suerte, ya que por entonces, salvo una tía anciana en Bayswater, no tenía familia propia con la que volver.

Al salir del hospital, había ido a ver a su tía. Era una señora mayor, humilde y bondadosa y él le tenía cariño, pues se había criado en su casa. Le dio un fuerte abrazo con lágrimas en los ojos, impresionada por lo mucho que había cambiado, lo delgado y pálido que estaba, pero sin atrever-

se a decir nada por miedo a que se enfadase. Había invitado a algunas amistades suyas a tomar el té para darle la bienvenida, pensando sin duda que un joven que regresaba de la guerra merecía un recibimiento que fuese algo más que lo que pudiese proporcionarle una anciana solitaria. El comandante parecía molesto al principio, viendo la casa llena de invitados con tazas de té, pero luego, para alivio de la anciana, se puso muy alegre y comunicativo, hablando animosamente con todos, yendo de un lado a otro con platitos de pastas y emparedados y riéndose mucho. Los invitados, alarmados al principio por esta alegría, se sintieron enseguida encantados con él y durante un rato todo fue magníficamente. Pero, en determinado momento, la anciana lo echó de menos y, tras buscarlo por todas partes, lo encontró al fin sentado solo en un salón apartado. Había en su mirada una expresión de amargura y cansancio que era completamente nueva para ella. Pero qué otra cosa cabía esperar, se dijo. Debe de haber pasado horrores que ancianas pacíficas (como ella) no podrían siquiera imaginar. Pero estaba vivo, gracias a Dios, y se repondría. Se retiró discretamente y lo dejó con sus pensamientos. Él volvió poco después a la fiesta y parecía muy contento, su momento de amargura en medio del mobiliario silencioso, olvidado.

El comandante se daba cuenta, claro, de que estaba preocupando a su tía con su extraño comportamiento. Se lo reprochaba, pero durante un tiempo le resultó difícil mejorar. Cuando su tía, con la esperanza de divertirle, invitó otro día a unas jovencitas a tomar el té, asombró a todo el mundo por la ávida atención con que contemplaba sus cabezas, sus piernas, sus brazos. Pensaba: «¡Qué firmes y sólidos parecen, pero con qué facilidad se desprenden del cuerpo!». Y el té de su taza sabía a bilis.

Y había algo más que preocupaba a su tía: se negaba a visitar a sus antiguas amistades. Aborrecía la compañía de

los conocidos. Ahora sólo estaba a gusto con desconocidos..., lo que hacía el doble de grata aquella idea de visitar a su «prometida». Al partir hacia Irlanda se sentía un poco inquieto, claro. Iba a zambullirse en un círculo de desconocidos. ¿Y si Angela resultaba ser insoportable pero insistía en casarse con él? Además, estaba delicada de los nervios. ¿Y si la familia resultaba ser inaceptable? Pero es difícil sentirse intimidado por personas de las que se conoce, por ejemplo, la condición y el número de las piezas dentales de sus mandíbulas superior e inferior, dónde compran sus prendas de ropa exteriores (Angela había omitido mencionar delicadamente la ropa interior) y muchas cosas más.

TROTSKI AMENAZA KRONSTADT

La situación en Petrogrado es desesperada. Según un manifiesto emitido por el sóviet, la evacuación de la ciudad se está produciendo con nerviosa ansiedad. Trotski ha ordenado que Kronstadt sea destruida antes de rendirse.

Era primera hora de la tarde del primero de julio de 1919, y el comandante estaba cómodamente sentado en un tren que se dirigía hacia el sur desde Kingstown, a lo largo de la costa de Wicklow. Había doblado el periódico de manera que revelaba que el señor De Valera había dicho en Boston, refiriéndose al tratado de paz firmado dos días antes, que provocaría veinte guerras nuevas en lugar de la que se daba nominalmente por terminada. Pero el comandante se limitó a bostezar ante tan espantosa predicción y consultó el reloj. No tardarían en llegar a Kilmalough. Se fijó en que Theda Bara estaba actuando como Cleopatra, y Tom Mix en el cine Grafton, mientras que en el Tivoli lo hacía un

malabarista «de excepcional habilidad como prestidigitador». Captó su atención otro titular: «ESCENAS DEL SÁBADO POR LA NOCHE EN DUBLÍN. CHICAS IRLANDESA ESCUPIDAS Y AGREDIDAS». Un grupo de veinte o treinta chicas irlandesas, ayudantes de la Real Fuerza Aérea Femenina en Gormanstown, habían sido agredidas por una multitud hostil... Las chicas fueron empujadas, zarrandeadas, maltratadas y abofeteadas por toda la calle. «¿Por qué?», se preguntó el comandante. Pero se adormiló antes de encontrar la respuesta.

—Lo es en realidad—decía ahora el comandante a sus compañeros de viaje—. Aunque estoy seguro de que no será lo último que haga. La verdad es que voy a casarme con una..., una chica irlandesa.

Se preguntó si le gustaría a Angela que la describiesen como «una chica irlandesa».

Ah, claro, le decían sonriendo. Así que se trataba de eso. Bueno, era de suponer, en realidad (las sonrisas se hacían resplandecientes), que no se trataba sólo de unas simples vacaciones, desde luego. Y que Dios les diese su bendición ahora y una vida larga y feliz después...

El comandante se levantó, encantado con su cordialidad, y los caballeros se levantaron también para ayudarle a sacar su pesada maleta de piel de cerdo de la red de equipajes, dándole palmadas en la espalda y repitiendo sus buenos deseos, mientras las damas sonreían tímidamente ante la idea de una boda.

El tren traqueteó sobre un puente. El comandante vislumbró abajo agua corriendo suavemente, del color ambarino del té de tantos ríos de Irlanda. Se elevaban a cada lado terraplenes con flores silvestres entretrejidas en la alta hierba reluciente. El tren aminoró la marcha hasta arrastrarse y dar sacudidas en algunos puntos. Los terraplenes desaparecieron de pronto y el tren pasó a correr a lo largo

de un andén lateral. El comandante lo examinó expectante, pero allí no había nadie esperándole. La carta de Angela decía sin alharacas, práctica como siempre, que habría alguien esperándole. Y el tren (miró de nuevo su reloj) llegaba incluso con unos cuantos minutos de retraso. Había algo en la letra clara y regular de Angela que hacía que resultase casi imposible no dar crédito a lo que escribía.

Pasaron unos minutos y, cuando el comandante casi había perdido ya la esperanza de que llegase alguien, apareció tímidamente un joven en el andén. Era gordito y mofletudo, y su forma de ladear la cabeza le daba un aire pícaro. Tras cierta vacilación, se aproximó ofreciendo la mano al comandante.

—Debe de ser usted el amigo de Angela... Siento muchísimo llegar tarde. Tenía que estar esperándole aquí, ¿sabe?

—Una vez estrechada la mano del comandante, recuperó la suya y se rascó la cabeza con ella—. Bueno, yo soy Ripon. Supongo que ha oído hablar de mí.

—La verdad es que no.

—Ah..., bueno, soy hermano de Angela.

Angela, que hablaba de su vida con tanto detalle, nunca había mencionado que tuviese un hermano. El comandante siguió desconcertado a Ripon fuera de la estación y puso la maleta, que Ripon no se había ofrecido a llevar, en la parte de atrás del carruaje ligero de dos ruedas que esperaba y luego subió a él. Ripon se hizo cargo de las riendas, las sacudió y empezaron a bajar dando bandazos por una calle tortuosa sin pavimentar. El comandante se fijó en que Ripon llevaba un traje de *tweed* de buen corte que necesitaba un planchado; aunque podía haberse puesto un cuello limpio.

—Esto es Kilmalough—proclamó Ripon torpemente tras un rato en silencio—. Un pueblecito maravilloso. Un lugar espléndido, realmente.